

*Problemas de la metafísica en el pensamiento contemporáneo*¹

GABRIEL MARTÍ ANDRÉS
Universidad de Málaga

El problema por excelencia de la Metafísica en la filosofía contemporánea ha sido y es el problema del ser. En efecto, el gran descubrimiento de Santo Tomás se torna problemático con Heidegger y la ausencia de una solución satisfactoria está en el origen del posmodernismo. Veamos en qué consiste exactamente este problema.

Aristóteles, primer gran sistematizador de la Metafísica, y de la Ética y de tantas y tantas disciplinas filosóficas, centró sus consideraciones metafísicas en la noción de sustancia. En efecto, la metafísica aristotélica giró en torno al ser, pero no al ser como acto, sino al ser como sustancia. La Filosofía Primera había de ocuparse, según el Estagirita, del ser en cuanto ser y de sus atributos esenciales, pero el ser en sentido propio y originario es la sustancia para nuestro autor, por ello que defina la Metafísica en algunos lugares como Ciencia de la sustancia. Existen varios modos del ser, las categorías, que son la sustancia y las formas accidentales, y éstas se apoyan, suponen y determinan a aquélla. La sustancia es el principio constitutivo del ente, lo que explica y justifica el ser de cada cosa, el principio por el cual este ente es lo que es, el ser del ente. Aristóteles hizo descender la realidad, así, de las ideas platónicas a las cosas concretas, en sí mismas (sustancia primera) y en su inteligibilidad (sustancia segunda), como individuos y como esencias o especies siempre individualizadas.

Pero se quedó ahí. Para Platón, las especies, las formas, las esencias no se reducen a los individuos, sino que tienen una existencia separada. Para

1 Esta Nota toma como base la descripción del posmodernismo que Eudaldo Forment hace en su libro *Lecciones de Metafísica* (Rialp, Madrid, 1992).

Aristóteles, el ser es propiamente la sustancia concreta, y no tiene sentido hablar del ser fuera de ella. Pero en ambos casos se identifica la realidad con las esencias. Para el primero, lo auténticamente real es el mundo de las ideas, el mundo de las esencias; para el segundo, la realidad en sentido propio es la sustancia, claro que una sustancia que no es más que la esencia concreta. A Aristóteles debemos, con esto, el haber descubierto que la esencia es un principio *intrínseco* de cada individuo, o sea, el descubrimiento del ente; además, su teoría de las causas y su estudio de composiciones como las de materia y forma, acto y potencia, sustancia y accidentes son pilares fundamentales en el desarrollo de la Metafísica. Pero entendió la sustancia como algo estático, sujeto, eso sí, a cambios sustanciales, pero estático en sí mismo, sin dinamismo interior.

Y es aquí donde entronca el gran descubrimiento de Tomás de Aquino. Santo Tomás se da cuenta de que el ente no es la esencia sin más o, dicho de otro modo, de que la esencia sin más no es, de que la esencia es simple “sujeto” receptivo que requiere de su actualización para la constitución del ente, de que en todo ente hay una actividad intrínseca sin la cual simplemente nada es. Santo Tomás descubre el acto de ser. Y para ello se basa ciertamente en la doctrina del acto de Aristóteles, pero abriendo ésta a la consideración de una nueva dimensión de la realidad o, mejor, al auténtico fundamento de lo real. La sustancia aristotélica es un modo determinado *de ser* que, en cuanto tal, no puede ser separada del *esse*, es pura esencia, y la esencia es, sin el ser, pura potencia, o lo que es lo mismo, puro no-ser, que requiere del *actus essendi* para *ser* lo que es en la realidad, principio del ente; en este sentido, la esencia es en el ente como la materia en la esencia de las cosas corpóreas, a saber, potencia pura que nada es sin que la forma le dé su ser. El ser es el principio activo y actual del ente, es el acto en sentido pleno, el acto de los actos, la forma de las formas, la perfección de las perfecciones, el acto constitutivo, más íntimo, radical y primordial del ente, el fundamento último de su realidad.

Pues bien, este hallazgo, estrictamente metafísico, pero fundamental para la Antropología, la Teología racional y otras muchas disciplinas filosóficas se convierte con Heidegger en un problema, el gran problema de la Metafísica en el pensamiento contemporáneo. Heidegger acusa a la Filosofía de haberse olvidado del ser. Desde Platón, la Metafísica, dominada por el esquema sujeto-objeto, ha sido concebida y se ha desarrollado como ciencia del ente en cuanto ente. Pero el ente no es más que la manifestación, la expresión, la presencia, lo dado del ser, del ser que es su origen y su fundamento y que se esconde a los ojos del filósofo tras el manto de la objetivación. El ente es un simple momento del ser que la metafísica tradicional absolutiza y convierte en lo auténticamente real, presentificando así lo que en sí mismo no es presente sin tener en cuenta que el ente no es más que un producto del ser. La Metafísica se aferra al mundo

de lo presente, de lo aparente, de lo patente, de lo mostrado, quedando el ser en cuanto ser, la verdad del ser, el acontecer del ser, oculto y, por tanto, fuera de su ámbito de estudio. La Metafísica –piensa nuestro autor- ciertamente ha estudiado al ente en su ser, pero sin considerar la diferencia entre ente y ser, la diferencia ontológica fundamental. Al pensar el ser desde el ente, se piensa el fundamento desde lo fundado y se pierde así su originariedad. En efecto, la Teología natural, en cuanto procede de las criaturas al Creador, no puede entender a Dios en sí mismo, sino sólo en su relación con lo creado; a la consideración de la Metafísica, en cuanto se vuelca en lo manifiesto y llega al ser desde el ente, al productor o, mejor, a lo productivo desde el producto, escapa el ser en sí mismo, desligando al ente de la fuente de la que mana, la infinitud originaria, fundante y constitutiva de todo lo real. La metafísica tradicional es, por ello, para Heidegger nihilista: con el predominio de la presencia, el ser en cuanto ser es reducido a la nada. Es la nada del ser, el ocultamiento total del ser en sí mismo tras la cosa, tras el ente.

Pues bien, Heidegger propone superar la tradición filosófica cristiana y fundar la ontología del futuro sobre la base del ser. La Metafísica como ciencia del ente en cuanto ente ha de tornarse ciencia del ser en cuanto ser y del ente en cuanto presencia del ser. El ente es la forma que adopta el ser en la constitución del mundo real, una forma tras la que queda oculto el ser en sí mismo. Hay que buscar el origen del ente, el ser como fundamento, el ser en su verdad, el ser en sí mismo y, desde allí, dirigirse al ente. Hay que pensar el ente desde el ser, y no el ser desde el ente. Sólo pensando el ser como auténtico fundamento de lo real, es decir, el ser en sí, y no como algo del ente o algo fundado de algún modo en la entidad podremos entender la realidad, el ser y el ente.

Y aquí surge propiamente el problema: ¿cómo pensar el ser sin el ente?, ¿cómo entender el ser sin recurrir a algo que efectivamente sea?, ¿cómo pensar en un ser sin sujeto, en un ser puro, en un acto que (aún) no actualiza, en un acto que no es acto? El hecho de no encontrar una respuesta satisfactoria a este dilema, es, en mi opinión, uno de los motivos ocultos de la inconclusión de la obra central del primer Heidegger, *Ser y tiempo*, y del giro heideggeriano. Cuando nuestro autor se pone a pensar el ser cae en el vacío más absoluto, en la más absoluta perplejidad y, en lugar de intentar superarla yendo a su origen, decide emprender otro camino. Pero, ¿por qué se detiene el proyecto de Heidegger justamente en este punto?, ¿qué es lo que le frena? Digámoslo en pocas palabras: nuestro autor no puede pensar el ser puro porque la inteligencia humana sólo puede aprehender lo que es en algún sentido y el ser puro, estrictamente hablando, no es en absoluto. Aclaremos esto, que, en principio, puede parecer contradictorio.

Dijimos antes que la esencia sin el ser, en cuanto pura potencia, simplemente no es, no es ente, no es esencia, no es nada. Pues bien, el ser, a su vez,

requiere de la esencia, requiere de un sujeto que le sustente y, en su caso, limite. El ser es acto y un acto sólo es tal en cuanto actualiza y perfecciona a una potencia. Es cierto, del mismo modo que la potencia es potencia por su relación a un acto, un acto es acto por su relación a una potencia. Así, el acto de ser es la *perfección de* la esencia, y la actualidad es justamente este perfeccionar, de tal modo que, sin actualización, no hay acto. Pero tampoco hay nada en absoluto. En efecto. El *esse* puro, es decir, el *esse* no actualizante, el *esse* que no actualiza a una esencia constituyendo un ente, no es acto y, por tanto, no es ser. Pero tampoco es actualizado por el ser a modo de esencia, pues sólo puede ser actualizada la potencia, y el *esse* es acto. Luego el ser puro no es en absoluto. No se dan en la realidad actos autónomos, sino potencias perfeccionadas. No se dan en la realidad actos de ser independientes, sino esencias actualizadas, entes.

Ahora bien, lo que no es en absoluto no puede ser intelectualmente aprehendido, pues ni siquiera tiene existencia mental. Así, podemos hacer filosofía del lenguaje, ciencia de la naturaleza y teoría del conocimiento, podemos entender al hombre, interpretar la historia y conocer el Universo, podemos incluso construir mitologías, pues el Unicornio, por poner un ejemplo, aunque carezca de ser real, existe en la imaginación, pero lo que no podemos pensar es un círculo cuadrado. Lo contradictorio carece de ser en absoluto, carece de ser real, de ser imaginario y, también y por tanto, de ser mental; y es que lo contradictorio contradice al ser. El caso del ser puro es más radical que el de la contradicción, pues en ésta están implicados dos extremos que *son* por separado, pero es perfectamente análogo a él: el ser puro no es en absoluto, no es en la realidad, no es en la imaginación y, tampoco y por tanto, es en la inteligencia. El pensar presupone el ser. En efecto, cuando pensamos algo, estamos pensando el ser, el ser del algo; o, dicho de otro modo, para pensar algo es necesario que ese algo *sea* de alguna manera, sin poder ser el ser *pensado*, aunque ello ya es un modo de ser, el mero pensar el ser. Y el ser puro es no-ser puro.

Con esto, es imposible pensar el ser puro, y lo es no por limitación de la inteligencia humana, sino, por decirlo de alguna manera, por limitación del ser o, mejor, del no-ser puro. Heidegger se empeñó en pensar el ser sin darse cuenta de que el ser puro es no-ser puro y de que el no-ser puro, en cuanto tal, es impensable, y cayó en perplejidad. Y la filosofía más actual tiene en su raíz una mala interpretación de este hecho o, cuanto menos, una mala comprensión del ser heideggeriano. Veámoslo.

El posmodernismo acepta la tesis de Heidegger de que para conocer la realidad hay que partir del ser, del ser puro, y no del ser-acto de la esencia, no del ente, interpreta la imposibilidad de hacerlo como una limitación del entendimiento humano, negando así al hombre la posibilidad del conocimiento de la realidad en sí misma, y edifica sobre esta base su sistema.

Con esto, el posmodernismo anuncia el fin de la Metafísica y propone vivir renunciando a sus pretensiones explicativas y fundamentadoras. La filosofía se vuelve irracionalista. La razón pierde todo su crédito, pues se piensa que es incapaz de proporcionar un conocimiento de la auténtica realidad, y se convierte en una diversidad potencialmente infinita de juegos lingüísticos que da lugar a una diversidad potencialmente infinita de sistemas de valores todos ellos legítimos. Ante esto, la permanente sospecha y el nihilismo. El proyecto de la civilización griega y occidental, como ya dijera Heidegger de la metafísica tradicional, ha llegado a su fin. El hombre pierde sus referentes y sólo le queda dejarse llevar por los sentidos y por las propias apetencias y vivir el presente. El pensamiento se hace errático, sin intencionalidad alguna, y la atención se dirige a la estética. El ideal del progreso como superación continua se queda sin fundamento y en su lugar se instaura el culto a la novedad; del progreso unitario y racional se pasa a un progreso sin finalidad fragmentario y discontinuo. La pregunta por el fin se torna una pregunta sin respuesta y los ideales y los valores supremos pierden validez. El realismo y el universalismo moral son sustituidos por el relativismo, moral y cognoscitivo, más absoluto.

Pero este planteamiento es el fruto de un error. El posmodernismo toma la imposibilidad de conocer el ser puro como un obstáculo insalvable en nuestro caminar intelectual hacia la auténtica realidad y sobre esta base construye un sistema en el que lo absoluto, lo universal, la verdad, son sustituidos por lo relativo, lo particular, la opinión. Sin embargo, no se trata de que el intelecto humano sea incapaz de alcanzar el ser puro (y, por tanto, de conocer la realidad), sino de que en esta pretensión de aprehender el ser al margen de su ser-acto no hay nada que aprehender. Tenemos que volver a Heidegger, tomar conciencia de que el posmodernismo surge de un problema mal planteado, el problema del ser (puro), y reorientar la filosofía desde la perspectiva de que el ser sólo es en el ente y, por tanto, sólo en cuanto acto, sólo cuando está actualizando una esencia es *algo* que conocer.